

La globalización de la violencia o el planeta del sálvese quien pueda

Greco Sotelo*

Si, como escribió Freud, las tres fuentes del sufrimiento humano son “la supremacía de la Naturaleza, la caducidad de nuestro propio cuerpo, y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad”, los ensayos reunidos bajo el título de *Globalización de la violencia* (Editorial Colibrí, 1999) aluden sin duda a esta última diosa en la trinidad de la desgracia humana. La potencia imprevisible —y por definición, inocente— de la naturaleza, ha sido y será el origen de cierta parte de nuestra desdicha, sin que podamos remediarlo. La corrupción y el fin de nuestro cuerpo, parte de esta misma naturaleza, es asimismo inevitable, y los hombres han creado toda una tradición de sabiduría y de resignación para aceptarlo de la mejor manera. “Pero muy distinta es nuestra actitud frente al tercer problema, el de origen social —concluye el médico vienés—: Nos negamos en absoluto a aceptarlo: no atinamos a comprender por qué las instituciones que nosotros mismos creamos no habrían de representar, más bien, bienestar y protección para todos”.

La compilación realizada por Horst Kurnitzky es un caleidoscopio de las atrocidades a las cuales ha llegado en los últimos años esta incapacidad humana para resolver su vida en común. Si bien el texto podría definirse editorialmente como una colección de ensayos breves sobre la violencia en prácticamente todas las regiones del planeta (con apuntes incisivos sobre los casos de México, Alemania y Colombia), una calificación tal no pasaría de ser una metáfora. Sería acaso más justo decir que el libro es en realidad una suerte de pesadilla multiforme apuntalada por las estadísticas y verificable en plena vigilia.

Los textos recabados por Kurnitzky incluyen trabajos de especialistas o cronistas que eventualmente han tocado este tema central de la cultura contemporánea, como Carlos Monsiváis, Eduardo Subirats, Carlos Fazio, Ricardo Pérez Montfort, Rafael Ruiz Harrell, Enrique Guinsberg, y el mismo Kurnitzky, entre otros. Es, en sí mismo, un texto global, en el sentido de que la variedad de temas y de enfoques per-

mite leer este registro ecuménico de la violencia de arriba hacia abajo y viceversa: desde las manifestaciones de la descomposición urbana y popular en la ciudad de México o Bogotá, hasta las determinaciones de la política macroeconómica, donde el destino de millones de vidas humanas se negocian de manera invisible en las grandes capitales del dinero.

“La violencia, en todas sus formas, tiene la extraña característica de ser siempre noticia”, escribe uno de los autores acerca de la historia fotográfica de los atropellos en México durante el siglo xx. Atendiendo a ese lamentable pero efectivo principio, convendría quizás abordar esta sinfonía del desastre con algunos datos inapelables: durante 1996, en Alemania, fueron perpetradas 8,730 acciones criminales contra extranjeros, especialmente contra judíos, siendo la mayor parte de ellos ejecutados por jóvenes ultraderechistas entre los 16 y los 20 años; en los 24 meses que fueron de 1994 a 1996 murieron de forma violenta en Colombia alrededor de 120,000 personas, documentándose entre 1996 y 1999 un total de 7,500 secuestros, repartidos entre delincuentes oriundos de la milicia, la guerrilla, grupos paramilitares y delincuentes de antaño, los ahora románticos “delincuentes comunes”. Asimismo en México, uno de los países más corruptos del mundo, “de cada 1,000 delincuentes se detienen a 27”, según el especialista Ruiz Harrell, “y de esos 27 que se detienen, a 15 se les detiene sin razón y sin pruebas”. El nivel de impunidad en nuestro país, finalmente, resultaría del todo inverosímil para quien no haya sido educado en la pedagogía de lo insensato: de cada 100 delitos cometidos, 97 quedan sin castigo.

Como en todo circuito del vicio (los circuitos virtuosos los conocemos tan poco) la violencia recorre el planeta asolando todos los espacios de la convivencia humana, en el campo, en las ciudades, en las oficinas, en los campos deportivos, en las casas. En Alemania, 1992, una horda de más de mil *skin heads* de filiación pronazi prendió fuego a una unidad habitacional ocupada por familias de obreros vietnamitas asilados con respaldo oficial. En



* Escritor e historiador. Ganador del Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo en París, en 1999

Horst Kurnitzky (comp.), *Globalización de la violencia*, Colibrí, México.

Colombia, la inercia del antiguo modelo de 'Estado de Seguridad Nacional' (promovido en los sesenta como baluarte de la resistencia anticomunista en el contexto de la Guerra Fría) se prolongó hacia mediados de los ochenta en un combate hacia el "enemigo interno" (en principio, opositores políticos) y demencialmente, poco después, hacia políticas de "limpieza" o "eutanasia social", que incluyeron la desaparición y el asesinato de indigentes, mendigos, prostitutas, pequeños ladrones y niños de la calle. En los Estados Unidos—el mayor productor de violencia real y virtual en el planeta—un niño que ve en promedio dos horas de televisión al día habrá observado al final de su educación primaria 8,000 asesinatos—con puñales y pistolas, sogas y ácidos, vidrios, golpes y un largo etcétera— y 100,000 actos de violencia extrema. Los estándares del consumo de violencia televisiva no son, sin embargo, muy distintos en el resto del mundo.

Apenas rebasado este primer círculo del infierno, el de los datos duros, sobresalen algunas coincidencias en el análisis de la mayor parte de especialistas reunidos por Kurnitzky. La primera de todas—acaso la piedra angular de una interpretación contemporánea de la violencia—es la influencia del neoliberalismo económico en las políticas presuntamente soberanas de las naciones menos favorecidas. La acumulación de grandes intereses económicos en el mundo, su interacción y constante desplazamiento de un lugar a otro, su indiferencia absoluta hacia los grandes dramas humanos y sociales en muchos lugares de la tierra, están justificadas por la reactualización de la vieja máxima de los fisiócratas del siglo XVII y del liberalismo económico a lo Adam Smith: *laissez faire, laissez passer*. Disuelta la fuerza propagandística del socialismo, ridiculizado su romanticismo igualitario, rotas las fronteras y los muros del antiguo enemigo que ahora busca ansiosamente las migajas del festín capitalista, la vieja tesis de "la mano invisible" de un mercado que terminará ofreciendo a cada uno de los hombres su parte de prosperidad y tranquilidad no tiene, literalmente, oposición al frente.

Los fundamentalistas del libre mercado tienen también su religión de misterios. El principal de estos misterios es, justamente, la manera en que la libre transacción del dinero y de las vidas humanas arrojará un mundo más justo. Aun así, el dogma se mantiene en lo alto: *dejarás hacer (me dejarás hacer), dejarás pasar (me*

dejarás pasar). El derecho de los otros (donde los otros son la humanidad entera) a hacer y a pasar se mantiene ignorado o sometido, y arrojado crecientemente a espacios y situaciones donde la violencia y la escasez dominan la vida pública y privada. Resuena en África, en Asia, en América Latina y en el ancho universo de los pobres la máxima latina: *homo homini lupus*, el hombre es el lobo del hombre. "*Laissez faire* en la economía y violencia en la sociedad son las dos caras de una misma moneda—asegura Kurnitzky—: Ambos son síntomas del desmoronamiento de la sociedad civil...".

El mundo de nuestros días está sujeto entre las pinzas de paradojas de impotencia y crueldad. En la era de las telecomunicaciones, las distancias cortas, el internet, los insólitos avances en la ciencia médica y física, los sistemas de excelencia académica, el psicoanálisis y la autoayuda, resulta que somos cada vez más primitivos y estamos menos dispuestos a conocerlos. "Al parecer, después de una serie de decepciones—comenta lacónicamente el compilador— la sociedad ha perdido el interés por reflexionar y conocer sus problemas, ha perdido el interés en ilustrarse a sí misma...".

Vivimos, por decirlo así, un neofeudalismo de extraños acentos. Si, como pensaba Freud, "la sustitución del poderío individual por el de la comunidad representa el paso decisivo hacia la cultura", y si "el primer requisito cultural es el de la justicia", está claro que la cultura corre hacia un callejón sin salida. El dinero ha secuestrado al mundo, corriendo aquí y allá por campos incendiados de resentimiento, violencia, ilegalidad, miedo, pánico y gritos de auxilio. Las naciones, oriundas de la mayor invención cultural del siglo XIX, se abren como frutas podridas ante el avance de los poderes económicos privados, indiferentes a cualquier lengua, credo o posición política, y ávidamente atentos a su propia reproducción y beneficio. El llamado "*apartheid* de la pobreza" se extiende como un océano alrededor de unas cuantas islas enriquecidas sin límite. En las ciudades presas del temor, en los pueblos miserables, sólo existe una consigna: sobrevivir. Si en el feudalismo medieval las sociedades propiciaron con desesperación "lazos de dependencia de hombre a hombre", y una "fragmentación del poder público que crea en cada país una jerarquía de poderes autónomos que ejercen en interés propio los poderes atribuidos normalmente al Estado (Ganshof)", entonces no vivimos otra cosa

que una involución histórica de nuevo cuño. Sobrevivir es ampararse en un poder autónomo capaz de repeler la agresión ilegal mediante prácticas, a su vez, ilegales. Sobrevivir es someterse al sindicato corrupto, a la negociación política secreta a espaldas de la opinión pública, al *raiting* y no a las leyes, a los *capos* de la empresa privada o del disminuido aparato oficial. "Si no te proteges—concluye Monsiváis—no sobrevives, y si te dedicas a protegerte, pasas de la vida a la sobrevivencia". La violencia y la ilegalidad nos empujan a renunciar a la vida libre y buena, y a adoptar necesariamente el miedo, la desconfianza, la violencia y la ilegalidad como requisitos de una sobrevivencia estricta sin mayores luces.

Las naciones—sobre todo las naciones pobres—son en el principio del tercer milenio tribus familiares corriendo a la vera de sus costas para llamar la atención de los arrogantes buques del poder económico, en espera de que accedan a reproducir sus riquezas entre los límites de sus tierras arrasadas. Algo así explica Stephan Hasam que ha dado en llamarse, eufónicamente, la "política del lugar óptimo". Pero por "lugares óptimos" no debemos entender optimistamente aquellas sociedades empeñadas en resolver sus problemas de justicia y distribución social de la riqueza conforme a un sistema legal y a un proyecto político a largo plazo. La política del "lugar óptimo" es el desesperado intento de naciones depauperadas por construir con mucho dinero espacios de tranquilidad ficticia donde el dinero pueda reproducirse, para contener, así sea durante un momento, el añejo descontento creado por el dinero. Los hombres y sus problemas más elementales han quedado fuera de la ecuación de la vida.

Frankenstein se ha impuesto a su creador, y ya golpea la puerta trasera del laboratorio. Mr. Hyde tiene tomado del pescuezo al pálido doctor Jekyll, acusándolo de imprevisión y de frivolidad. El mundo ha sido secuestrado por el dinero, y la humanidad es su rehén. ¿Cuáles son las salidas? Las de siempre, o más o menos: el fundamentalismo étnico o religioso, la resignación, el oficio del eremita, la rebeldía personal prontamente aplastada a lo Albert Camus, la oración, el refugio del arte o la melancolía. La economía, afirma Kurnitzky, se ha tragado a la política, pero la democracia y el bienestar humano no pueden afirmarse sin el "primado de la política". Todavía no sabemos, sin embargo, cuál es esa nueva Ciudad de Dios que intentará hacer recular sobre sus pasos al satán neoliberal.